

POR UNA FE VIVA Y VIVIFICANTE

por el R.P. Dr. CORNELIO FABRO

Presentamos la traducción de un escrito del p. CORNELIO FABRO cuyo original italiano fue titulado *Strumentalizzazione della Fede*, escrito en 1968 y publicado en *Momenti dello Spirito, II Volume*, Ed. Sala Francescana di Cultura, Assisi, 1983, p. 192 ss. Se trata, como su autor lo dice, de algunos trazos destinados a subrayar la imperiosa necesidad de vitalizar, “instrumentalizar”, la fe de los cristianos para contrarrestar las consecuencias a las que nos está llevando el mundo imanentista y ateo en el que vivimos. El contenido de este breve artículo del p. Fabro es muy actual y corresponde a lo que señala Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Missio* n°11: “La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una “gradual secularización de la salvación”, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina”. Esperamos que sea un contributo para este año de preparación al Gran Jubileo del año 2.000 dedicado a Jesucristo, el bautismo y la virtud de la fe. (Nota del editor)

La fe es el fundamento y la puerta de la salvación porque “*sin la fe es imposible agradar a Dios*” (Hb 11, 6): la fe, por lo tanto, ofrece el fondo primigenio de la vida sobrenatural en cuanto que introduce al hombre en la luz y en la esperanza de la misericordia divina. Por lo tanto, hablar de “*instrumentalización de la fe*” parece un desatino, porque da la impresión de una apropiación indebida de la fe y hasta de una profanación de la misma. Hoy, el término “*instrumentalización*” tiene, o parece tener, un sentido puramente pragmático como la “*caída*” de un principio o de una fuerza moral con el único fin de obtener ventajas prácticas, es decir, un aprovechamiento ilícito de un valor espiritual para extraer de él, mediante subterfugios y engaños, ventajas materiales sólidas y concretas.

Pero no era éste el significado original del término y no debe serlo tampoco hoy. *Instrumentalización* viene de instrumento que es el intermediario entre el espíritu que aspira desde lo más profundo a la verdad y a la felicidad y su realización por medio de la posesión del Sumo Bien. *Instrumento* tiene su correspondiente en el término griego “*órgano*”, del cual deriva la palabra “*organismo*” que es la sede de la vida: se encuentra por lo tanto en la más

DIÁLOGO

íntima relación con el origen de nuestro ser, con el drama de su desarrollo, y con todo lo que sucede durante el oscilante arco de vida de cada ser. De este modo, el sentido propio de instrumentalización es el de “*organización*” como petición y exigencia de la misma vida para que logre desarrollarse a cualquier nivel.

La “*instrumentalización de la fe*” se convierte entonces en la puesta en acto de la fe, que sucede siempre que un Cristianismo coherente se expende en el alma de alguien que se preocupa por crecer sobrenaturalmente en la vida de la gracia. Entonces, “*la organización de la fe*” es el apremio continuo y amoroso que brota de la vitalidad profunda de una fe que trata de revestir todos los planos del alma desde la sensibilidad al amor, y todas las esferas de la existencia, de la cultura y de la técnica, de la vida privada y de la actividad pública y comunitaria; dicho brevemente: es el compromiso y la tarea fundamental en la que debe empeñarse cada cristiano según la situación propia de su tiempo.

Sólo un aguerrido teólogo estaría en condiciones de trazar con términos precisos una descripción adecuada del espíritu del hombre contemporáneo y las tareas que aguardan al cristiano respecto del actuarse de la fe en un mundo y una cultura como la nuestra que se autodefine secularizada y profana, es decir como “civilización de la técnica” o “sociedad del bienestar (*società del benessere*)” o sea “del consumo” (¡que es lo mismo!) la cual ya ha optado por el ateísmo o (como agrada a cierta teología radical del protestantismo contemporáneo) ha optado por la “*Teología de la muerte de Dios*”. En este escrito, por nuestra parte, nos contentaremos con modestos trazos, u observaciones de fondo, a modo de humildes interrogaciones orientadas a recuperar la fe en medio de un mundo que se ha convertido en “*desierto de Dios*” (Nietzsche).

Como órgano fundamental de la vida sobrenatural la primera tarea de la fe, su función primordial, es la de transportar al hombre al nivel de la realidad de la vida de Dios y de la voluntad salvífica de Dios en Cristo. Hoy, por el influjo convergente del immanentismo moderno que niega la metafísica y de los viejos argumentos de la teología protestante, adversaria de la reflexión de la razón sobre el dato revelado, muchos creen que la fe no tiene necesidad del soporte - extrínseco por cierto, pero indispensable- de la razón. Si el Dios

de la fe es el de la Revelación realizada por medio de Moisés y de los profetas, y llevada a plenitud en Cristo que es el Verbo Encarnado para nuestra salvación, es necesario que El mismo sea reconocido primeramente como autor de la naturaleza y del hombre. Así, la verdad del orden natural captada por la razón se purifica y se eleva a la vida sobrenatural de la fe; Dios reconocido como Creador se convierte en fuente de salvación al ser liberador del error y del mal que matan al alma por el pecado.

Así, por una parte, en esta organización de la fe, la razón ayuda a reconocer -aunque sea de modo extrínseco- dónde se ubica la fe, cuál es el objeto propio de la fe en cuanto trasciende la capacidad de la misma razón. La razón, al pintarnos a un mismo tiempo el panorama de los riesgos y de las aberraciones del pensamiento humano y el deseo insaciable de verdad que lo domina, afirma que no puede faltarle al hombre esta verdad beatificante; y afirma también que ni las actividades inmediatas, ni el arte, ni la ciencia, ni la misma filosofía... son capaces de dar la felicidad, beatificar, al hombre. Y éste es, nos atrevemos a decir, el "momento existencial" de la razón en la vida misma de la fe que Kierkegaard expresaba en su Diario (1850) con palabras bien precisas: "*La especulación puede proponer los problemas de la fe, conocer que cada problema particular es un problema para la fe -marcado y compuesto de modo tal que exista para la fe- y proponer luego la pregunta: ¿quieres creer, sí o no?*". Pero hay más todavía. Hay una colaboración más íntima que brota del tormento interior del alma, atribulada por el alboroto de tantas voces que la asedian en medio de este mundo en el cual todo hombre está llamado a vivir.

Kierkegaard continua diciendo: "*Por otra parte la especulación puede controlar la fe, es decir, espiar sobre lo que se cree en un determinado momento, o sea el contenido de la fe, para vigilar que no se introduzcan en la fe, a fuerza de palabrerío, determinaciones que no son objeto de la fe sino, por ejemplo, objeto de meras especulaciones*". Y con gran humildad y sabiduría, no diversamente a Santo Tomás, concluye: "*Todo esto significa un trabajo muy grande. La especulación es vidente, pero sólo en cuanto puede decir que la cosa está ahí; para lo demás es ciega. Luego viene la fe que cree: ella es la*

DIÁLOGO

vidente (respecto del objeto de la fe)"¹ que es la verdad salvífica de Dios misericordioso. Este trabajo que realiza la razón en la antesala de la fe, a la espera y al servicio de la fe, es el trabajo de una razón abierta y bien dispuesta, es el clamor de una conciencia sedienta del Sumo Bien.

La auténtica vida de la fe es la adhesión a la Palabra salvífica de Dios en Cristo en la presencia viva de la Iglesia, maestra infalible de verdad. La fe provoca una redimensión radical de las perspectivas de la existencia natural. Ella sabe y enseña primeramente que la admirable obra de la creación y el esplendoroso estado primitivo de naturaleza y de gracia, en el que fue creado el hombre, ha sido estropeado por el pecado. La fe advierte y hace advertir al hombre que la razón primera, propia y última de los desequilibrios, de las inquietudes, de los desánimos, de las turbaciones, de los males del cuerpo y del espíritu, de las perversiones e infidelidades que envenenan al alma dentro y fuera de sí arrastrándola a un torbellino de infelicidades... tiene su verdadero origen en un desequilibrio radical del alma que se ha producido en el hombre al inicio de su historia.

Al hombre contemporáneo no le gusta detenerse en el problema del mal, ni se asusta de él porque tampoco tiene el coraje de asumir sobre sí su responsabilidad. Sabemos que la literatura moderna y la cinematografía - inspirada en el existencialismo ateo- han hecho del mal, en sus perversiones más sucias y repugnantes, su argumento y alimento preferido. Justamente éste es el signo de la desesperación ante el mal, de la renuncia a mirar la enfermedad que avanza para corromper todo el entretejido del espíritu, de cada individuo y de las estructuras más complejas de la sociedad y la convivencia humana.

Pero a nadie se le ocurra afirmar que el trabajo de iluminación que realiza la fe sobre la realidad del pecado y de la malicia del hombre, como también sobre la insidia siempre presente y pronta a tender una emboscada a su propia libertad, se convierte en otro motivo para desesperar. No es así, porque junto a este diagnóstico radical, la fe trae la "*cura radical*" que es la vida del creyente en Cristo, el Hombre-Dios que ha vencido al pecado con su muerte y ha destruido el aguijón de la muerte.

¹ *Diario* 1849-1850, X² A 432.

Mediante la fe, el hombre es arrancado del error y del peligro de perderse como un tonto entre los bienes pasajeros de las cosas finitas, de elegir como meta correr tras los falsos espejismos de la existencia, de adaptarse al bullicio y al desorden propio de los tontos, los cuales, según el decir de Santa Catalina, tienen el intelecto oscurecido por las nubes del amor propio. Mediante la fe, en segundo lugar y sobretodo cuando está vivificada por la gracia santificante y por la caridad, el hombre participa de la vida misma de Dios, vive de las secretas y eficaces mociones de Dios...: juzga como juzga Dios, ama lo que Dios ama, y refiere a Dios todo lo que le sucede en este mundo. Siendo una gracia, y gracia sobrenatural sin duda, la fe por sí misma informa aun a aquel que está todavía en el pecado; posteriormente la gracia vivificante y operante da a la fe su expansión en todas las fibras de la conciencia: en la misma sensibilidad purificándola, en la inteligencia fortificándola e iluminándola, en la voluntad inflamándola del Amor que no defrauda.

Y el alma encuentra el principio directo y la fuente inagotable de esta transformación de sí misma en la fe en Cristo, el Verbo Encarnado, Salvador del mundo. Nuestra fe es vivificante en cuanto viene de Cristo y se conserva, como dice Santa Catalina, en la "*bottega del Sangue*" que es la Iglesia. La Iglesia, después de la Ascensión de Cristo a los cielos y de la muerte de los Apóstoles, es el único "órgano" que puede declarar la autenticidad de la fe; no en vano San Pablo la ha llamado Esposa de Cristo.

"*Instrumentalizar la fe*" es entonces vivificarla mediante la vida de la gracia en el tierno reconocimiento del don del amor infinito que Dios nos ha concedido. "*Instrumentalizar la fe*" es crecer en el horror al pecado, denunciar sus insidias de parte de las filosofías e ideologías aberrantes, para adherir a Cristo que nos salvó a precio de su Sangre preciosa. "*Instrumentalizar la fe*", finalmente -aunque en cierto modo es su inicio- es amar a la Iglesia y mantenerse fiel a la enseñanza del Vicario de Cristo que es el guía al cual Cristo mismo ha prometido su asistencia infalible para que "*su fe no venga a menos*". Y así, animada por el amor, la fe se convierte en activa y generosa y el amor iluminado por la fe se transforma en reflejo de la aurora de la eternidad.

*Traducción realizada del italiano
por el R.P. Lic. Elvio C. Fontana*